

EL DUELO ETERNO ENTRE EUROPA Y ASIA

POR

ANDRÉ JOUSSAIN

I

Las hostilidades entre Israel y Egipto resucitan odios viejos que nos hacen meditar en los tiempos bíblicos. El levantamiento de Asia contra Europa, cuyo ejemplo contemporáneo lo constituyen la revolución de Indonesia, las guerras de Corea e Indochina, la conferencia de Bandung y el viaje triunfal de Krutchev y Bulganin a la India, constituyen otros tantos elementos que nos sirven para recordar acontecimientos que la historia aprendida en el colegio nos han hecho familiares, pero que jamás hemos pensado en relacionarlos; el antagonismo entre Europa y Asia, al que asistimos en el momento actual, renueva también una oposición secular.

La historia nos muestra, en efecto, que después de la guerra de Troya el duelo entre Europa y Asia se ha reproducido constantemente, con sus alternativas de éxitos, de victorias y de derrotas. La invasión de Grecia durante las guerras médicas, la expedición de Agesilao al Asia Menor, las conquistas de Alejandro, la dominación romana sobre el próximo Oriente, la guerra de Mitrídates, las luchas de los partos contra los romanos, las guerras de los judíos dominados por Vespasiano y Tito, las inundaciones de las hordas de Atila, las invasiones árabes, las conquistas de Gengis Kan y Tamerlán, la ofensiva de las cruzadas, la caída de Constantinopla en poder de los turcos y su amenaza sobre Hungría, hasta que Sobiesky logró aplastarlos bajo los muros de Viena, presentan al historiador el espectáculo del flujo y reflujo continuo de los pueblos guerreros de estas dos partes del mundo.

Sin embargo, en los tiempos modernos, las empresas coloniales de Inglaterra, de Francia, de Holanda y de Portugal parecen haber inclinado definitivamente el conflicto a favor de Europa. La superioridad de la civilización occidental se había impuesto a las naciones asiáticas, a la par que la de sus armas. El orden europeo se había impuesto al desorden y a la anarquía: la piratería había sido vencida. El hambre y las epidemias, combatidas; se habían

construido carreteras, puentes, vías férreas, puertos y las plantaciones de la *hevea brasiliensis*, el árbol que llora el caucho, habían hecho retroceder al bosque, a la selva y a la jungla. Al mismo tiempo los misioneros católicos conquistaban prosélitos en todas partes. Numerosos indígenas provenientes de la India, Indochina y China viajaban hacia las universidades de Occidente para instruirse en ellas. Europa se había transformado en la gran educadora de Asia.

El siglo xx estaba llamado a contemplar cómo se rompía un equilibrio obtenido al precio de largos esfuerzos. El destino del hombre es así: los disgustos presentes tienen más valor que las ventajas obtenidas en el pasado. Tenía que llegar el momento en que la dominación política y económica de Europa habría de pesar más en la balanza del Destino que sus hechos generosos.

Numerosas causas han ayudado a ello; pero este es problema que corresponde aclarar a los historiadores. Especialmente la victoria del Japón sobre Rusia, en 1905, constituyó la aurora de un desquite de los asiáticos y despertó en la India y en China esperanzas inmensas. La guerra de 1914-18 fué una revelación de la barbarie de que eran capaces los pueblos europeos y un golpe mortal al mito antagónico de la primacía espiritual de Oriente. Finalmente, el desequilibrio provocado por la segunda guerra mundial en Europa y su debilitamiento consiguiente, el trabajo lento y pertinaz de desorganización llevado a cabo por la Unión Soviética, la conversión de la China de Mao Tsé Tung al comunismo han terminado por ensanchar el foso que separa el Occidente de Asia y por ayudar a levantarse a ésta en contra de aquél.

II

EL ESPIRITU DE CRUZADA

En el libro *La unidad de Asia*, publicado en 1936, mi amigo André Duboscq señalaba ya “el espíritu de cruzada, unificable con el primer jefe” que reinaba “más o menos contra Europa, a pesar de la apariencia que crea el oportunismo político tanto en Rusia como en la India, en Japón como en China”, espíritu de cruzada “alimentado por ideas que adquieren, en los habitantes de cada uno de estos países, una forma de religión más que

contemplativa, activa" (1). Desde que estas líneas fueron escritas, los acontecimientos se han desarrollado de tal manera que otro escritor, al volver de la India, pudo escribir con respecto a la mística antieuropea en Asia: "Desde la ola conquistadora del Islam, desde hace más de mil años, jamás el Occidente ha experimentado una presión más directa y angustiosa" (2).

Ante una amenaza semejante, Europa se encuentra en estado de legítima defensa, como lo estaba en la Edad Media, en la época de las cruzadas, contraataques emprendidos para poner un término a los embates islámicos. En efecto, desde el siglo XI al siglo XIII las luchas de las naciones europeas contra las naciones asiáticas han tenido el carácter de una guerra de religión: la de la cristiandad contra el Islam. La ofensiva del Occidente contra el Oriente tuvo por consecuencia—nos dice René Grousset en su *Bilan de l'Histoire*—retrasar tres siglos y medio la caída de Constantinopla, ocurrida en 1453, mientras que, sin esta ofensiva, se hubiera producido en 1090. Durante estas guerras cada victoria obtenida por uno u otro de estos adversarios lo era sobre un culto extranjero. "Durante el siglo XII—refiere un historiador de las cruzadas—los Estados cristianos del cercano Oriente tenían por enemigos a los califas de Bagdad y del Cairo, a los sultanes de Damasco, de Mosul y de Alepo... Los turcos se dedicaban a realizar incursiones continuas en las provincias cristianas; los príncipes musulmanes de Siria se lanzaban impetuosamente sobre los territorios de Antioquía, de Edeso, de Trípoli, o sobre el reino de Jerusalén. Vencedores, se retiraban cargados de botín y cantando: *El Corán está en plena alegría y el Evangelio en lágrimas*" (3).

La Europa de hoy día no es ya la de la Edad Media; pero, a pesar de los cambios ocurridos, el problema que se les plantea a las naciones occidentales, es, como en la época de las Cruzadas, hacer retroceder los límites de la Europa cristiana, rechazar a los eslavos hacia el Este, contener al Islam en el próximo Oriente y oponerse al desbordamiento de Asia. En el siglo XII aún faltaba por reconquistar España a los moros; Alemania y Dinamarca luchaban contra los pueblos eslavos del Báltico, que todavía permanecían sumidos en el paganismo; los francos luchaban contra los musulmanes en el lejano Oriente. Hoy en día, la Europa occidental contempla cómo se le enfrenta la Rusia soviética y la Liga Árabe. Por

(1) *Unité de l'Asie*, pág. 54.

(2) André Siegfried: "Pression communiste aux Indes", en el *Figaro*, el 20 de diciembre de 1955.

(3) Michaud: *Histoire des Croisades*, 6.^a edic., 1841, tomo II, págs. 72-74.

una singular reversión en la orientación política, social y jurídica de los pueblos, Rusia, apartándose de Europa, encabeza las naciones asiáticas contra el Occidente, mientras que Turquía, instalada en Anatolia desde el siglo XI, y constituyendo un peligro para Europa durante mucho tiempo, se ha abierto a la civilización europea con Kemal Ataturk y, como consecuencia, se ha unido a Occidente para resistir al coloso ruso. La campaña emprendida contra nuestro dominio en Africa por la Liga Arabe, apoyada por El Cairo—por las declaraciones del Pandit Nehru—por la conferencia de Bandung, es una forma nueva del ataque de Asia contra Europa. Lo mismo puede decirse del dominio de la Unión Soviética sobre los países europeos fronterizos a ella. Se ha hecho, pues, necesario rechazar a los eslavos hacia el Este.

Sin embargo, en este conflicto gigantesco, cuyo animador abierta o clandestinamente es Moscú, los factores de orden espiritual son de suma importancia. Los antagonismos, sea cual sea la razón o el pretexto, revisten, de hecho, el carácter de una guerra religiosa. En Africa del Norte se hacen esfuerzos por transformar las insurrecciones y atentados en una guerra santa; y el fanatismo no es ajeno a los actos de terrorismo. Por otra parte, el choque de las opiniones políticas, económicas y jurídicas de la Unión Soviética y del Occidente está íntimamente unido a otro: el de la moral defendida o repudiada del derecho internacional respetado o violado, el del materialismo y el espiritualismo, el del ateísmo y la Religión. Moscú desea visible y fervientemente convertirse en una tercera Roma, tan fuerte militarmente como la de los Césares, tan poderosa moralmente como la Roma cristiana. Rusia, cuya ambición en la época de los zares tenía por símbolo la Cruz sobre una media luna tumbada, ha repudiado al cristianismo sin desprenderse por ello de su ambición de “catolicidad” (en el sentido etimológico de la palabra) ni tampoco de su exigencia de “ortodoxia”. Las corrientes antirreligiosas que, como dice Alejandro Soltikov, se han manifestado en ciertas épocas en Rusia, pero que “pueden revestir en sí mismas formas religiosas” (4), han desembocado finalmente, en efecto, en un comunismo ateo animado por un espíritu de intransigencia e intolerancia así como del ardor y la pasión de proselitismo propios de una religión.

(4) “Le problème de la religiosité russe” apareció en *Le Monde Slave*, de octubre de 1934.

III

LA EUROPA CONTEMPORANEA Y EL IMPERIO ROMANO

No podemos decir, por tanto, que, en su deseo común de salvaguardar su patrimonio espiritual y de hacer reinar la paz en el mundo, las naciones occidentales independientes y autónomas tienden a asumir un papel parecido al del Imperio romano, que había logrado hacer convivir en paz a naciones que, desde hacía siglos, guerreaban entre sí, divulgar la civilización helénica y el derecho romano por todos los países ribereños al Mediterráneo, ya fueran éstos europeos, africanos o asiáticos; y, finalmente, en resumidas cuentas, propagar también el cristianismo, realizando de esta manera, en la paz romana—*pax romana*—, la unidad de civilización y de creencias, a la que aspira vanamente la Europa de nuestros días.

Una ojeada sobre un atlas histórico nos permite observar que la Europa estratégica de hoy abarca Africa del Norte y Asia Menor y coincide, casi exactamente, con el Imperio romano, que, lo mismo que ella, tenía que prevenirse contra los ataques y las infiltraciones de los bárbaros contra los partos en el cercano Oriente, contra los godos en el Este y Sudeste de Europa. El Imperio romano tenía también que reprimir las insurrecciones periódicas que ocurrían en el Norte de Africa, cuya población indígena se sublevaba cada vez que Roma se debilitaba, ya fuera por crisis políticas o por dificultades exteriores. De manera que el problema que se le planteaba al Imperio era semejante al que se le planteó a la cristiandad durante la Edad Media y que hoy, nosotros, franceses, europeos y americanos tenemos que resolver.

De esta manera vemos que, en cierto modo, la Geografía señorea la Historia. Sin embargo, la historia varía, mientras que la situación geográfica permanece inmutable. Esta variación está supeditada a una serie de factores espirituales que es necesario esclarecer. Aquí no podemos eludir su examen, tanto menos cuanto que en el pasado la comunidad o diversidad de creencias han constituido, para Europa, un motivo de unión o de separación constantes.

Analicemos la época del Imperio romano: se encuentra virtualmente dividido en dos partes, que habrían de transformarse en el siglo IV en el Imperio romano de Occidente y en el Imperio romano de Oriente: de un lado, aquellos países en que se hablaba el latín; del otro, aquellos en que se hablaba el griego. En los primeros, dominaría un día la Iglesia Católica; en los segundos, la

Iglesia ortodoxa—dos iglesias cuyo dogma es poco más o menos el mismo—(en una, el Espíritu Santo procede del Hijo, y en la otra, del Padre); pero cuya disciplina difiere, ya que no reconocen al mismo jefe.

A esta primera división de la cristiandad, ocurrida en los siglos VIII y IX, hay que añadir otra en el siglo XVI. Mientras que los países sometidos de antiguo a la dominación romana permanecen, en su conjunto, fieles al catolicismo, la mayoría de aquellos que no han vivido bajo las leyes de Roma—tal es el caso de Holanda y de la mayor parte de Alemania—o que no han estado sometidos más que durante un tiempo escaso como Gran Bretaña, rompen con la Iglesia de Roma. Católicos y protestantes se enfrentan en la Europa Occidental.

Por otra parte, con las conquistas de los sucesores de Mahoma en los siglos VII y VIII, la religión musulmana sustituye al cristianismo en todo el Norte de Africa, Egipto y Marruecos; establece incluso una cabeza de puente en España, en la que los cristianos autóctonos, al luchar contra los invasores musulmanes, dan a la guerra por la independencia el carácter de una guerra religiosa. El aislamiento se extiende también en Siria y en Asia Menor, antiguas provincias romanas.

De esta manera quedó rota la unidad religiosa del antiguo mundo romano lo mismo que la de la Europa medieval. Bajo los emperadores romanos convertidos al cristianismo y que adoptaban éste como religión del Estado, una idéntica fe religiosa unificaba el mundo Mediterráneo: con el mahometismo esta unidad se quebró. En la Edad Media, a pesar de las rivalidades y de las guerras, el catolicismo era el aglutinante que realizaba la unidad del Occidente de Europa: la reforma rompió su esfuerzo. Desde entonces, durante siglos, pudo contemplarse a las religiones luchando entre sí y, dentro de una misma religión, entrechocar las distintas tendencias.

Sin embargo, a través de todos estos conflictos, la necesidad y la excelencia de la religión eran afirmadas expresamente por todos; la mejor demostración eran las luchas que, por su motivo, llevaban a cabo los pueblos. Los Jefes de Estado y los Gobiernos podían favorecer o prohibir tal o cual confesión particular, tenerla por la religión verdadera o por la falsa, por la creencia ortodoxa o por la herética; podían excluir de las funciones públicas a los católicos, como en Inglaterra, o a los protestantes, como ocurría en Francia. Pero ninguno concebía al Estado sin fe religiosa y no había nadie a quien el ateísmo no produjera horror o no pareciera,

al menos, socialmente peligroso. Ningún pueblo carecía de una religión en la que creer.

Indudablemente, a lo largo de los siglos los soberanos tuvieron que luchar, más de una vez, contra las ambiciones temporales de los papas; sin duda, las revoluciones originaron persecuciones contra los fieles, los sacerdotes y los frailes; sin duda, también, el anticlericalismo adoptó, a menudo, un carácter antirreligioso—tal fué el caso en las revoluciones de Francia y de España—o anticristiano, como en la Alemania de Adolfo Hitler. Pero éstas no han sido más que convulsiones transitorias. Unicamente la Rusia Soviética elevó, expresamente, el ateísmo a doctrina de Estado, enseñó abiertamente el materialismo y dedicó todos sus esfuerzos, sistemáticamente, a extirpar el sentido religioso de las almas de la juventud. He aquí un hecho absolutamente nuevo en la historia del mundo cuyas consecuencias se desarrollan ante nuestros ojos.

Efectivamente, como el comunismo ruso ha logrado hacerse con partidarios en todos los países, su ateísmo se ha transformado en una amenaza para todos los creyentes obligando, como es lógico, a éstos a enfrentarse con él en todo el mundo. Contra la ola de irreligión que se abate sobre Europa y sobre el resto del orbe, las confesiones religiosas, antaño enemigas, experimentan o debieran, al menos, experimentar la necesidad de defenderse; se sienten, o deberían sentirse solidarias, ante el ateísmo que amenaza con destruirlas. Judíos, cristianos y musulmanes, protestantes y católicos tienen todos, en cuanto a creyentes que son, que luchar contra un enemigo común. Y desde ese momento la lucha no es más—o, al menos, no debería ser más—entre musulmanes, judíos y cristianos entre protestantes y católicos sino entre el monoteísmo y el ateísmo, entre la religión y la irreligión. Un factor poderoso de unidad está virtualmente creado.

Hasta qué punto este factor de unidad puede afirmarse, lo ignoramos; pero lo que no puede negarse es que, actualmente, se está realizando. Sin hablar del “rearme moral” que hace prosélitos en todos los países y entre los creyentes de todas las religiones, la idea de “una unión de religiones”—podría decirse de una confederación de confesiones religiosas—ha empezado a desarrollarse en toda la órbita del mundo mediterráneo. Antes de nuestro desastre de 1940 se había visto ya, en el Congreso Eucarístico de Argel, a los musulmanes aclamar a los príncipes de la Iglesia. En enero de 1951 el Jeque Abelail El Kitani proclamó, ante el peligro comunista, la necesidad de la unión de la Cristiandad y del Islam. Estos constituyen hechos que un observador imparcial no puede

ignorar, debido a las consecuencias (actualmente imprevisibles) que pueden tener en el futuro, aunque los acontecimientos se hayan orientado, desde entonces, en un sentido completamente distinto por culpa de Gobiernos incapaces de juzgar la situación con una perspectiva suficiente. Mientras que el secreto de la paz estaba “en la permeabilidad y penetración relativa y recíproca de una Asia y de una Europa equilibradas, cada una de acuerdo con su propio genio” (5), la ideología democrática trata de imponerse al mundo entero con la pretensión renovada de Juan Jacobo Rousseau, de “obligar” a las naciones a “ser libres”. La idea de “la Cruzada de las democracias contra el fascismo”, origen de tantas catástrofes, nace de este espíritu de proselitismo y de intolerancia que, con el tiempo, engendraría el principio rooseveltiano de la “rendición incondicional” para desgracia tanto de Europa y de América como del Japón y Alemania. Como recalca acertadamente el almirante Auphan, “cuando se trata de conquistar a los espíritus y a los corazones el factor más poderoso no es nacional ni económico, sino religioso y moral”. Las ventajas materiales que se ofrecen a los pueblos colonizados deben acompañarse con una contrapartida espiritual. Bajo la amenaza de los progresos del ateísmo comunista ha surgido un estado de espíritu del cual nuestros dirigentes, si hubieran tenido una altura de miras, una amplitud de espíritu, la agilidad de inteligencia indispensables a todo auténtico estadista, habrían podido aprovecharse para afianzar los cimientos de nuestro Imperio y extender nuestra influencia espiritual a la par que nuestra autoridad moral. Nada de ello han hecho. “El laicismo oficial practicado por el régimen, y el materialismo de una civilización demasiado a menudo vacía de contenido religioso, lejos de agrandar a los musulmanes, ha debilitado nuestra influencia. Esta actitud, a lo sumo, ha logrado contaminar de librepensamiento a los círculos musulmanes, con detrimento de la moral” (6).

La Unión Soviética podía, desde ese momento, ensayar un juego interesante para levantar al mundo musulmán contra las naciones occidentales; y así lo hizo. Arroja aceite al fuego del Oriente Medio con los armamentos que ofrece a Egipto contra Israel, e incita al mundo árabe contra nosotros. Y Egipto, que antaño formara parte del Imperio romano y cuyo destino está en

(5) André Dubosq: *Unité de l'Asie*, pág. 46.

(6) *Les échéances de l'Histoire ou l'éclatement des empires coloniaux* (les Iles d'Or, 1952), págs. 247 y 309.

el Mediterráneo, al encontrarse en la disyuntiva de elegir entre Occidente y Africa, se inclina del lado de los rusos.

Pero, a pesar de todo, "Egipto está en Europa"—escribe M. Edouard Sablier en *Le Monde* del 8 de abril de 1955—, porque es el Mediterráneo el que ha hecho a Europa lo mismo que hizo al Imperio romano. Para mantener el valle del Nilo, para elevar el nivel de vida del *fél-lah*, "otorgar un contenido social a la revolución que, desde hace tres años, busca su camino", Egipto debe cooperar con la Europa occidental.

Debe, pero no lo hace. A pesar de los esfuerzos de los americanos, compra armas a los checos y, creyendo en el Poder soviético, se ata con contratos comerciales con los países comunistas, cambia su algodón, de difícil colocación en los mercados occidentales, por petróleo ruso, locomotoras checoslovacas, acero húngaro (7). *La Voz de El Cairo* habla de expulsar a los franceses de Africa del Norte, y los latiguillos de la "liberación del mundo" (de "Asia para los asiáticos"; de "Africa, para los africanos") empujan a los indígenas de nuestros dominios de ultramar a "la guerra santa contra los Rumis." Poco a poco retornamos a una situación que recuerda la época de las Cruzadas y la expedición de San Luis contra Egipto.

Puede que llegue un día, en efecto, en que las naciones occidentales se vean obligadas a realizar una Cruzada contra el comunismo. La fuerza de las cosas es más poderosa que las pequeñas combinaciones humanas, y la lógica de los acontecimientos es más eficaz que los discursos. Tarde o temprano habrá que decidirse y hacer frente, en una lucha definitiva, a un enemigo que avanza siempre y se niega al desarme. En la formidable partida de ajedrez que se juega entre los Estados Unidos y la Unión Soviética — observa el general A. Dothée en *La Nation Belge*—esta última gana siempre. Después de haber puesto a Asia en su juego, se introduce en Africa, utilizando a Egipto, y desde allí prosigue, por naciones interpuestas, como lo ha hecho en Corea y en Indochina, su guerra implacable contra Occidente. Valiéndose de la más extraña y sorprendente paradoja, este Gobierno ateo, despótico, imperialista, ha sabido explotar a su favor las pasiones religiosas, libertarias, nacionalistas o, más bien, xenóforas de las poblaciones de Asia y de Africa. Y este Gobierno, que ha esclavizado a las naciones limítrofes y que mantiene parte de Europa bajo su yugo, denuncia al colonialismo como constitutivo de un abuso y de un crimen; y negando la moral y no viendo en ella más que una invención de los

(7) Raymond Cartier: *Paris-Match*, núm. 342.

capitalistas y de los sacerdotes para dominar a las masas, hace un llamamiento a la conciencia universal para desacreditar a sus adversarios. Y, mientras tanto, el Occidente sigue siendo incapaz de oponer a su propaganda una propaganda eficaz sin comprender que, siguiendo este camino algún día tendrá que oponérsele con las armas en la mano y mediante el fuego.

Traducido por Manuel García Miranda.